

Permanencia del modelo primario-exportador en Chile

Julio Pinto

Universidad de Santiago de Chile

Para los más entusiasmados con los logros económicos de los últimos años, la situación que actualmente vivimos no tendría precedentes. Es como si al optar por un esquema aperturista y libremercadista se hubiese dado finalmente con una fórmula que permitirá dejar atrás las lacras del subdesarrollo, tornando irrelevante toda reflexión sobre experiencias pasadas. Chile, se insinúa, o incluso se dice abiertamente, ha dado vuelta la página. Sin embargo, para quienes algo conocen nuestra historia resulta evidente que la opción exportadora no es ninguna novedad. Desde la Conquista española, la riqueza nacional ha surgido y declinado a partir de la colocación de una o unas pocas materias primas en los mercados externos, y las principales actividades y relaciones productivas se han articulado siempre en función del sector exportador. Incluso durante el período 1930-73, cuando se optó deliberadamente por un esquema de desarrollo "hacia adentro", el éxito o fracaso de éste dependió, en última instancia, de las exportaciones de cobre. La "vocación exportadora" es una de las realidades de más larga duración en nuestra historia.

Explicaciones para esto las hay muchas. Una que salta a la vista es el origen colonial de nuestra

economía, organizada desde un comienzo para satisfacer necesidades y responder a demandas situadas fuera de nuestras fronteras. Se ha argumentado que el carácter periférico de Chile en relación al sistema metrópoli-colonias lo liberó hasta cierto punto de las expresiones más descaradas de este "intercambio desigual", otorgando márgenes significativos de autonomía a los actores internos. Se han criticado también los excesos en que cayó el análisis "dependencista", al querer ocasionalmente reducir toda la dinámica interna de los países latinoamericanos a un mero reflejo de impulsos procedentes de las metrópolis nortatlánticas. En la práctica, sin embargo, durante los dos siglos y medio que duró el período colonial las actividades más rentables fueron siempre las orientadas hacia la exportación, y fue también en torno a ellas que se configuraron los procesos más dinámicos de acumulación. Después de obtenida la independencia, el principio se mantuvo inalterado en sus términos esenciales. El "crecimiento hacia afuera" no fue una ilusión óptica de Aníbal Pinto.

Esta tendencia, por supuesto, no obedece a la materialización de alguna ley económica abstracta, o a la acción mecánica de fuerzas estructurales

ajenas a la voluntad humana. En un primer momento, la exportación de metales y materias primas seguramente se acomodó mejor a las expectativas de enriquecimiento rápido que traían los colonizadores, así como a las realidades del poder político y social propias de un proceso de conquista. Un mercado interno conformado mayoritariamente por unidades autosuficientes y población cautiva no ofrecía en sí mismo mayores perspectivas de acumulación, como sí lo hacía, en cambio, la comercialización de algunos artículos básicos en economías más complejas. Definidas así las cosas, el "primitivismo" de la primera organización económica colonial pasaba a ser una ventaja, en el sentido de que la baratura de sus costos (naturaleza pródiga, mano de obra cuasi-servil, niveles mínimos de inversión) aumentaba la rentabilidad de aquéllos, no obstante un aporte muy bajo de valor agregado. Una vez construidas las primeras fortunas individuales o grupales a partir de ese mecanismo, la opción primario-exportadora adquiriría la fortaleza del éxito comprobado (aunque siempre precario), y se inscribía en la configuración interna del poder social. Una clase dirigente surgida y consolidada bajo ese alero no tenía necesidad de experimentar con alternativas más azarosas, ni de aventurarse en estrategias que implicasen una modificación relativamente profunda de las relaciones sociales existentes.

En igual sentido inició la evolución del contexto económico internacional, y la ubicación de Chile dentro de él. Una vez definida nuestra función como productores de materias primas, cualquier alteración de ésta suponía costos que en términos estrictamente económicos resultaban demasiado altos, además de, en la perspectiva de quienes estaban en posición de decidir, innecesarios. Con la Revolución Industrial y la creciente brecha tecnológica que ésta creó entre economías "desarrolladas" y "subdesarrolladas", la dificultad no podía sino aumentar. Si hoy parece extravagante y poco realista plantearse una competencia con Japón en la producción de computadores, no menos debía parecerlo cien años atrás en el rubro de la maquinaria industrial con respecto a Gran Bretaña o Estados Unidos. De no mediar grandes trastornos o convulsiones sistémicas, el peso de la

historia suele ser un gran creador de "ventajas comparativas".

Decir que Chile siempre ha gravitado hacia una economía primario-exportadora no significa, sin embargo, que su condición natural haya sido el estancamiento o el arcaísmo. Contrariamente a lo sostenido por muchos de los primeros analistas del subdesarrollo, y también por muchos dependencistas, una organización económica de tales características no es incapaz de generar crecimiento o cambio. Con respecto a lo primero, es sabido a estas alturas que nuestras etapas de mayor crecimiento siempre han coincidido con los auges exportadores: el trigo en las postrimerías del período colonial; trigo, plata y cobre en la primera mitad del siglo diecinueve; salitre entre 1880 y 1930; nuevamente el cobre durante el siglo veinte. En esa perspectiva, el actual ciclo de prosperidad no es sino la repetición, con variaciones mínimas – una cierta diversificación de la base exportadora que no es, sin embargo inédita –, de uno de los fenómenos más antiguos de nuestra historia.

En cuanto a capacidad transformadora, la historiografía económica producida en las últimas décadas demuestra que los auges exportadores siempre han generado importantes cambios, tanto en los sectores directamente abocados a producir para el comercio exterior como en otros conectados subsidiariamente con ellos. Un caso que se ha estudiado bastante es el de los ciclos mineros del siglo diecinueve, cuyo efecto sobre la sociedad y la economía nacionales resulta haber sido mucho más profundo de lo que se pensaba cuando aún imperaba la teoría de los "enclaves". Simplificando un proceso bastante complejo, no es exagerado sostener que Chile ingresó al mundo del capitalismo de la mano de esos ciclos mineros. Nuevamente, las visibles transformaciones productivas y sociales generadas por el actual ciclo exportador no son sino la expresión más reciente de una tendencia recurrente.

Visto de ese modo, los inconvenientes que históricamente se han derivado de nuestra orientación exportadora no obedecen a una falta intrínseca de dinamismo, sino a otro tipo de falencias. Por una parte, habría que señalar la falta de equidad en la distribución de los beneficios generados por los

ciclos de crecimiento y modernización, la que se ha expresado tanto en términos geográficos como sociales: polarización del ingreso, persistencia de la pobreza y la marginalidad, notorios desequilibrios regionales, etc. Desde un punto de vista ético y de justicia social, ésta es sin lugar a dudas una situación preocupante y necesaria de revertir. En términos estrictamente económicos, si embargo, no puede decirse que ella haya sido disfuncional al modelo de acumulación que ha regido nuestros destinos. Antes por el contrario: uno de sus pilares y principales "ventajas comparativas" ha sido precisamente la posibilidad permanente de producir a bajo costo, todavía hoy un elemento competitivo de primer orden al momento de explicar nuestro exitoso desempeño en los mercados mundiales. Es verdad que los descuentos y rebeldías generados por un crecimiento poco equitativo han sido percibidos más de una vez, desde los sectores dirigentes, como un peligro latente para la reproducción del sistema. A fines del siglo pasado y comienzos del actual, esa preocupación se expresó públicamente mediante el concepto de "cuestión social". En la práctica, sin embargo, y con la posible excepción del período de la Unidad Popular, ni los "reventones" sociales más violentos han llegado a amenazar realmente la continuidad del orden establecido. Dicho de otro modo: no han existido en Chile, nuevamente con la excepción indicada, muchas situaciones "objetivamente" revolucionarias. Por analogía, la evidente existencia de tensiones sociales subyacentes hoy en día tampoco anuncia necesariamente una desestabilización inminente del modelo, lo que ayuda a explicar la complacencia de la clase política y la aparente solidez de los "consensos".

Pero hay otra fuente de desequilibrios que sí ha resultado históricamente más desestabilizadora, y también levanta actualmente un velo de incertidumbre sobre el futuro. Esta es la fragilidad de un orden económico cimentado en la exportación de unos pocos artículos con escasa elaboración y, por ende, fácilmente sustituibles en los mercados mundiales. La experiencia del ciclo salitrero demuestra que ni siquiera los "monopolios naturales" constituyen una protección duradera contra las posibilidades de la tecnología y la búsqueda

constante de precios más bajos y mayor rentabilidad. Del mismo modo, las señales negativas que nos llegan hoy desde los mercados mundiales no deberían causar sorpresa, ni constituir un golpe inesperado en medio de tanta expectativa triunfalista. El pánico desatado por el "envenenamiento" de las uvas hace un par de años evoca casi calcadamente el impacto de las crisis salitreras a comienzos de siglo. Aunque a los actuales conductores del proceso económico no les gusta recordar el pasado, basta un mínimo de conciencia histórica para darse cuenta de que si en Chile todo ha cambiado en apariencia, en el fondo se sigue más o menos igual.

Sin embargo, y a diferencia del problema de los desequilibrios internos comentado más arriba, el de la vulnerabilidad frente a las fluctuaciones internacionales no admite excepciones en materia de víctimas. Cuando el país es afectado por una crisis exportadora sufren los de arriba y los de abajo, el Estado y la sociedad civil —aunque naturalmente en muy diversos grados e intensidades—. Es esto precisamente lo que confiere a este segundo flanco de debilidad una visibilidad mucho mayor, y suscita una alarma mucho más uniforme. Contrariamente a lo que pudiera sugerir un análisis superficial, los períodos de crisis externa han motivado tantos cuestionamientos al modelo primario-exportador entre los propios sectores dirigentes como entre quienes se sitúan fuera de los círculos del poder. La política "desarrollista" o "sustitutiva de importaciones" aplicada desde fines de la década de 1920 responde a un fenómeno de este tipo, y tiene su origen más inmediato no en los sectores que se venían enfrentando desde fines del siglo anterior a la dominación "oligárquica", sino en los grupos más "esclarecidos" y previsores que participaban de esta última. Análogamente, no sería raro que en los meses y años que vienen, de mantenerse la tendencia adversa en el comercio exterior, las principales iniciativas de revisión del modelo aperturista comenzaran a emanar desde quienes todavía aparecen como sus más decididos defensores.

Enfrentado el país una vez más a una disyuntiva de ese tipo, la pregunta que surge es, como lo ha sido siempre, cuáles son las alternativas al modelo,

y cuál es también la viabilidad (política tanto como económica) de su aplicación. Ya en el pasado las crisis externas han motivado intentos de modificar la base de sustentación de la economía nacional, con escasos resultados. Un plan de desarrollo basado en el mercado interno, por ejemplo, no parece fácilmente realizable, al menos en las condiciones de volumen poblacional y, sobre todo, distribución del ingreso hoy día existentes. Cambiar tales condiciones, por otra parte, implica redefiniciones políticas y sociales aún menos probables, dada la actual configuración del poder social. Pero incluso si una situación de crisis llevase a intentar ese camino, como sucedió en los años treinta, hay restricciones objetivas que hacen muy difícil una reproducción exitosa de modelos de desarrollo más estables y equilibrados. Lo sucedido con nuestro propio modelo "nacional-desarrollista", o lo que está sucediendo en estos mismos momentos en la economía cubana, están ahí para recordarlo.

Existe todavía, teóricamente al menos, la alternativa de no abandonar el esquema aperturista, pero sí modificar la calidad de los productos exportados. A juzgar por las expresiones de algunos importantes personeros concertacionistas, entre ellos Ricardo Lagos y el propio Alejandro Foxley, ésta es la "nueva vía" que correspondería aplicar en la etapa de consolidación del éxito ya obtenido. En palabras de Lagos, ha llegado el momento de "agregar valor" a las exportaciones, y como prerrequisito para ello, de mejorar la calidad de nuestros factores productivos a través de la educación, la investigación y el desarrollo. El modelo abiertamente invocado es el de los famosos "tigres asiáticos", con los cuales se nos ha llegado incluso, apresuradamente, a comparar. Viendo las cosas con objetividad, la comparación no resulta muy creíble: nuestra economía está lejos de alcanzar los niveles de productividad y profundización del desarrollo que exhiben los "tigres" más exitosos. ¿Puede lograrlo en el futuro? El autor de estas reflexiones no conoce muy bien la experiencia asiática, pero pareciera ser que las estrategias de desarrollo allí adoptadas exhiben importantes diferencias con las que aquí se aplican. Por sólo nombrar dos aspectos más o menos obvios, se percibe entre los "tigres asiáticos" un protago-

nismo estatal y una priorización del desarrollo científico y tecnológico a nivel nacional que Chile no está reproduciendo. En todo caso, nada indica que la expansión de las exportaciones primarias vaya a desembocar espontáneamente en un modelo "asiático", o que los principales actores económicos vayan a asumir por propia iniciativa, guiados exclusivamente por las señales y estímulos del mercado, el tipo de re-definiciones –y eventualmente sacrificios–, que una opción de ese tipo conlleva.

En suma, aunque todo indica que el actual esquema de crecimiento económico adolece de las mismas falencias y limitaciones que históricamente han entrabado y distorsionado –por no decir "frustrado"– nuestro desarrollo, no parece fácil discernir alternativas concretas, o al menos viables, de corrección. Claramente afectada por la crisis de sus paradigmas, la izquierda llamada "extra-parlamentaria" ha sido muy certera en su crítica a las contradicciones imperantes, pero no ha podido proponer un proyecto global alternativo. Habría que añadir que no ha podido hacerlo ni en Chile ni en ninguna parte. Tampoco se ve que las propuestas sectoriales que han llenado en parte el vacío dejado por esa izquierda "tradicional" (ecologistas, regionalistas, grupos étnicos, etc.), puedan adquirir un alcance global, construir un proyecto verdaderamente "hegemónico".

Lo malo es que de no perfilarse una alternativa clara, los problemas reales que ha tenido nuestro desarrollo seguirán sin resolverse. En el mejor de los casos, ello nos condenaría a seguir adelante con una "modernización" que no tiene muchos visos de superar las contradicciones y lacras de todo tipo, especialmente las sociales, que aún nos caracterizan. Contrastando con el exitismo ambiental, el ministro Foxley es uno de los que más han llamado últimamente la atención sobre este peligro. Y en el peor escenario, si se consolidan las tendencias recesivas o protectionistas que hoy alteran la armonía libremercadista, lo que nos espera es un nuevo colapso recesivo absolutamente análogo a los que ya hemos conocido.

Resumiendo todo lo dicho, el análisis en perspectiva histórica de nuestro desarrollo económico demuestra que el actual modelo no presenta gran-

des diferencias con respecto a tiempos pasados, y también que no se justifica el optimismo de quienes creen –y pregonan– que el subdesarrollo ya es poco más que un mal recuerdo, y que lo vivido en los diez últimos años nos pone al abrigo de las vicisitudes que repentinamente hemos debido enfrentar. En este sentido, la indiferencia y el desprecio por la historia que hoy imperan en muchos círculos públicos y oficiales pueden ser un simple mecanismo de negación. Dicho esto, que por lo

demás no es muy original, lo que a juicio del autor de esta reflexión es verdaderamente preocupante es nuestra incapacidad para proponer alternativas. Porque si detectar problemas y establecer continuidades históricas puede ser para nosotros, en tanto estudiosos de la historia y la sociedad, una responsabilidad profesional, también lo es, y tal vez en mucho mayor medida, el proponer caminos de solución. Y en eso no veo que se haya avanzado mucho.